

Los amigos de “Pregón” recuerdan a José María como...

EL ESCRITOR, por Manuel Iribarren

Fue –ya lo he dicho en otro lugar– la personificación de la gracia, el ingenio y la simpatía.

Por ello sin duda me resulta muy difícil separar en él al escritor del hombre. Porque, con ser muchas y excepcionales sus condiciones literarias, aún las superaron, creo yo, sus portentosas cualidades humanas, que revalorizaban su obra, ya de suyo tan extensa como importante.

Fue José María Iribarren, sigue siendo –sus libros, con valores de permanencia, darán testimonio de ello a las generaciones futuras–, uno de los escritores navarros más ilustres, prestigiosos y conocidos de todos los tiempos. Cultivó, preferentemente, con tanta «chispa» como competencia, los temas relativos a su tierra, a nuestra tierra, en sus más diversos aspectos. Nada de cuanto palpita, ha sido y sobrevive en suelo navarro, se sustrajo a su poder de observación y a su capacidad de análisis. Su estilo era vivo, directo, eficazísimo a sus fines. Hablaba como escribía; mejor dicho, escribía como hablaba, cuidando, no obstante, con estudioso mimo, con exigencia –se exigía mucho–, el empleo del vocablo exacto y la cadencia de la prosa.

Propendía, por temperamento, a lo exhaustivo. En el paciente acopio de materiales sobre el tema o asunto que tenía entre manos, y en su realización. Lo dejaba exprimido: como vulgarmente se dice, «para el arrastre».

Poseía en grado eminente el don de la amenidad. Todo él era amenidad. Y esta virtud trascendió aun a sus títulos en apariencia menos amenos, por no decir áridos (véase VOCABULARIO NAVARRO, para mí una de sus obras más logradas por lo acertado y vivo de sus ejemplos, que hacen que se lea con verdadero deleite) y a todo cuanto escribió. Ello por sí solo explica que entre sus numerosísimos admiradores –lectores– se junten personas doctas y gentes sencillas, intelectuales y pueblo.

En orden de preferencias, me sería muy difícil elegir entre su vasta y muy meritoria producción, pero acaso me quedara con el mencionado VOCABULARIO NAVARRO y con su magnífico ESPOZ Y MINA, «El Guerrillero».

EL LEXICOLOGO, por José M^a Iraburu

Al igual que el buen artesano ama y cuida las herramientas de que se sirve, José María Iribarren era un enamorado del lenguaje castellano, de su genio, de sus reglas y de sus misterios. Hoy, que bebemos el agua turbia de tanto trabajo periódico de arbitraria sintaxis, abundantes en sustantivos, adjetivos y verbos empleados «por aproximación» o quizá por su valor de sugerencia, pero con absoluta incorrección gramatical, apreciamos como un regalo el agua clara y burbujeante de la prosa de Iribarren, que como todo literato de raza, cuidaba con esmero la forma y el léxico, extremando la concisión conceptual y la cadencia de la frase, con certera selección de



los términos más precisos y expresivos de entre su gran caudal de voces, giros y modismos.

Este amor suyo por el lenguaje, se derramó fecundo en dos vertientes principales: la cultural clásica y la popular navarra. Buena prueba de la primera fueron su extenso saber gramatical y etimológico y libros como «*El porqué de los dichos*». Y como magistral exponente de la segunda, así como de su acendrado navarrismo, ahí está ese «*Vocabulario*» fruto de años de paciente y meritísima labor; gran cacería de vocablos escondidos por todos los rincones de la Montaña, zona media y Ribera, y en cuyo rastreo, los amigos de José María tuvimos muchas veces el honor de participar aunque sólo fuera como ojeadores o «resaqueadores», por decirlo a lo navarro (vid. Voc. Nav.). Esta obra le abrió las puertas de la Academia y viene siendo citada por numerosos lexicólogos del mundo hispánico.

Quisiera recordar finalmente sus notables conocimientos en cuanto al idioma francés y la lengua vasca, como elementos culturales adyacentes pero de indudable reflejo en la obra del gran escritor navarro que hemos perdido.

EL HISTORIADOR, por Florencio Idoate

Cumplo, mal seguramente, al querer decir lo que pienso sobre su personalidad de historiador. Yo tengo presente en este instante, aquella fecha en que ambos fuimos nombrados académicos correspondientes de la Academia de la Historia. José María había publicado por entonces su Espoz y Mina, hito importante en su vida de escritor, desarrollada en tantas direcciones. Él, con su voluntad más que férrea, y seguro de sí mismo, se atrevió a dar cara a este personaje decimonónico y ofrecernos su vida y obras, a



La plana mayor en uno de sus conciliábulos

1944 y 1945, respectivamente, juntamente con Aizpún Santafé, Arellano Dihinx, San Juan Otermin, y Oroz Zabaleta.

Más todavía, en la Revista Príncipe de Viana, número 4, año II, de 25 de septiembre de 1941, en las páginas 104 y siguientes publicó un trabajo titulado: «La Navarra Foral y Española. Ensayo de una síntesis histórica», con el mérito de iniciar una literatura jurídico-foral que floreció exuberante en estos últimos treinta años: siendo también muy estimables sus trabajos sobre «Curiosidades forales».

través de la magia de su estilo, siempre tan personal y atrayente. Pero para esta fecha había publicado otras obras sobre nuestro pasado, una de ellas *Pamplona y los viajeros de otros siglos*. Su gran obra histórica fue, la de nuestro guerrillero, sin negar un gran valor a las demás. Su evasión por el campo de lo costumbrista, filológico, etc.... le obligaba a hurgar de continuo en la historia y soy testigo de sus inquietudes y problemas, que, con su tozudez habitual, trataba de resolver. A mí me queda un recuerdo vivo en el dibujo que hizo para la portada de una de mis obras, que es una evocación del pasado, el Tributo de las Tres vacas. Gracias, José María, por esto, por lo que me enseñaste y por tantas cosas.

EL JURISTA, por Francisco Salinas Quijada

José Mari Iribarren fue abogado en ejercicio desde el año 1931 al 1936, con despacho abierto en Tudela, llevado conjuntamente con su hermano Jesús, quien fue para él, desde que quedaron huérfanos en casa de su abuela doña Remigia, su amigo, su colega, su otro yo, ejemplo viviente de perenne e ininterrumpido cariño fraternal, y también de abnegación y sacrificio hasta el punto de no intensificar las dosis analgésicas en el estado preagónico para conservarse consciente al regreso de su hermano –aquel día de su muerte– que venía de Madrid de informar en el Supremo.

Cuando cesó en su difícil puesto de Secretario del General Mola en el año 37 que contrajo matrimonio, siguió ejerciendo la profesión de abogado, como Alférez jurídico-militar (de los estampillados), dándose la curiosa circunstancia, que ésta actuación lo fue con exclusividad como defensor de los inculpadados en los Consejos de Guerra, lo que iba muy de acuerdo con el temperamento del bueno de José Mari.

Después de la terminación del Movimiento Nacional, aunque se retiró del ejercicio de la profesión de abogado, sin embargo no cesó en sus actividades jurídicas, ya con carácter foral, pues nuestro querido José María Iribarren, fue un entusiasta foralista, aunque bien pudiera ser la afirmación innecesaria, puesto que foral fue toda su obra.

Perteneció a la Sección de Derecho de la Institución Príncipe de Viana, y fue uno de los colaboradores del Anteproyecto y Proyecto de Apéndices de Navarra al código civil, de los años

Lo vi por última vez tres días antes de morir. Cumpliendo mi promesa –siempre le dediqué todo lo mío– le llevé mi libro de Derecho civil de Navarra. La primicia fresca salida de la Editorial. Lo miró, remiró siempre con su sonrisa alentadora y generosa, con su corazón abierto a todos los demás.

Y en aquella sonrisa se resumía de manera heroica el sufrimiento de una despedida que José Mari sabía –¡ya lo creo que lo sabía!– iba a ser la última.

EL DIBUJANTE, por Francis Bartolozzi

«Y además, dibujaba...»

Sí, entre las mil cosas que José María Iribarren hacía, también dibujaba, y por cierto muy bien, con un trazo fuerte, seguro, muy poco corriente entre los no profesionales del dibujo. Le gustaba cuando alguna vez encargó dibujos para sus escritos, dándonoslos explicados en una cuartilla, reforzados, con lápiz rojo.

Todo ello de acuerdo con el modo de ser de un hombre netamente ribero, de lo que él se enorgullecía.

Y con razón.

EL POETA, por Faustino Corella

A José María Iribarren se le conocía como un excelente escritor y afortunado cultuivador de diversos géneros literarios, según demostró en las diversas obras publicadas durante su fecunda vida cultural.

Pero no parecía destacarse en el campo de la poesía, y en él también se movió con holgura y lucimiento. En medio de sus «burlas y chanzas» palpítaba un corazón de excepcional sensibilidad, que es la base para sentir y escribir poesía, y José Mari también hizo sus versos, sobre todo en esos años en que se es fundamentalmente romántico. De aquella época, y algunas de ellas me leyó en algunas ocasiones, y otras me dijo de memoria un domingo por la mañana en que los solos nos expansionamos con nuestros recuerdos y confidencias.

A mi observación de por qué no los publicaba, expuso sus razones entre bromas y veras, no siendo la menos importante el concepto que tenía de la poesía de ser un género que le agobiaba mucho con la rima y el metro.



No obstante, con qué acierto corregía mis versos, cuando se los enseñaba para me diese el visto bueno; y cómo salían ganando, cuando me advertía: «Esto lo diría yo así», y siempre acertaba, aceptando yo con gusto sus indicaciones. Y esa labor no podía hacerla más que un buen poeta, y un buen poeta era él, como lo confirman numerosos trabajos suyos, escritos en una excelente prosa lírica, donde palpita la delicadeza y la emoción, como esa «Tarde de Viernes Santo», «Pueblos en fiestas», «La María», «Una estación de noche», del libro EL PATIO DE CABALLOS, o «Temas de nieve» o esa maravilla de «A la cigüeña de mi pueblo», del libro NAVARRERÍAS, y tantos más, que algún día expondremos más despacio y con abundantes citas, por las que se verá que José María Iribarren era un excelente poeta.

EL AMIGO, por Pedro García Merino

Se nos ha ido José M. Iribarren, una gran persona y una personalidad navarra de altos vuelos, dicho sea con toda razón y justicia. De su obra intensa y extensa hablan otros compañeros que lloran como yo por su desaparición y por la ausencia de su alma noble, porque así era, como su corazón de católico ejemplar.

Yo le recuerdo en sus campañas políticas por los pueblos de la Ribera y quiero destacar su amor a Navarra y a España. Amaba a Navarra hasta el apasionamiento, como hijo esclarecido, con ese amor sano, íntimo, foral o regional, si se quiere, pero amor hasta el sacrificio por la Patria grande, cuyas raíces se fundían con las de la Patria chica.

Era claro y rotundo su navarrismo, como la lealtad inquebrantable, áspera a veces, pero franca siempre, de su tierra ribereña; por eso mereció la confianza que, en los momentos más trascendentales de julio de 1936, depositó en él el inolvidable General Mola, porque al servir a este gran Soldado de la Patria, José M. Iribarren sirvió desinteresadamente a España en aquellos heroicos y decisivos momentos.

EL CONFERENCIANTE, por J. Martinena

José María Iribarren es conocido por escritor. Pero, de no haber escrito, sería conocido por conferenciante. Desde 1931, en que se matriculó como Abogado, practicó la oratoria forense. Como era joven de ideas, se afilió a la Liga de Jóvenes Navarros y dio una infinidad de mítines por toda Navarra.

Después ha dado muchas conferencias eruditas: entre otros títulos recuerdo, «Con azúcar está peon», «La brujería en el País Vasco», «Gracia y desgracia de la jota navarra», «Conferencia en el Centenario de la muerte de Yanguas y Miranda», «El sentimiento del paisaje en pintura y literatura», «La brujería y los procesos de la Inquisición», «Historia y anécdota de la francesada en Navarra». Con ocasión de los días regionales de la Expo-Tour, el entonces Ministro Sr. Fraga Iribarne le invitó por carta personal a pronunciar una conferencia en Madrid, en la que, entre otras cosas, le decía:

«Hemos pensado en que nadie podría representar a esa Región de España mejor que Vd.». Y José María dio la conferencia con el título «Navarra vista por los turistas de ayer y de hoy».

Fue un caso infrecuente de paralelismo entre las dotes de escritor y las de orador. Hablando

fue como escribiendo: erudito, profundo y ameno. Huía de la pesadez como del demonio. Y decía, con su gracejo, que no le gustaba «dar la barba» a nadie.

EL MAESTRO, por Javier Martinena

Conocí a José Mari cuando un día le llevé, para su archivo folklórico, el testimonio fotográfico de una sabrosa anécdota, que le relataba por escrito. Leyó el texto y me atribuyó dotes de escritor. Por añadidura me hizo sitio entre sus amigos de Pregón. Que Dios le premie tan buen amor, como yo se lo agradezco. Nunca he llegado a escritor, pero, al menos, he publicado muchos escritos, porque su aliento reiterado tenía la autenticidad que le daba el contraste de su sinceridad ribera en la crítica. No contaría esta anécdota, personal e intrascendente, si no fuera porque revela un rasgo característico de su conducta: era el intelectual prócer que, conociendo las grandezas de las letras, no perdía ocasión de investigar aptitudes, cultivar vocaciones y crear escuela. Así impulsó a muchos, que hoy son escritores.

JOSÉ M. IRIBARREN Y LOS TOROS, de José Cabezudo Astráin

Era nuestro querido amigo, un caso particular de aficionado con solera, pero que no solía hacer crítica taurina ni en la conversación. Es decir, a él le interesaba, naturalmente la Fiesta, pero como escritor que detrás de cada faena o de cada lance, ve el lado dramático del episodio del ruedo. Y luego escribía sobre ello, aprovechando un suceso. Por ejemplo, cuando la tremenda cogida de Rafael Ortega en Pamplona. en la faena que comenzó con un pase de frente (estilo LITRI) y que tuvo al espada entre la vida y la muerte en la enfermería de la plaza.

En el PATIO DE CABALLOS tuvo la ingeniosa idea de contar una corrida a través de todo ese conjunto de sensaciones y de escenas, que forman el reverso del tapiz, con unas pinceladas violentas, goyescas y casi «solanescas».

No nos detenemos a hablar de sus páginas sobre el ENCIERRO; ni de sus anécdotas recogidas en buenas fuentes y sus definiciones (con cuatro rasgos) del estilo de un torero. Queda para otra ocasión.

En su obra sobre HEMINGWAY, vemos que a él como a Ernesto, le atraía mucho era ráfaga trágica que sólo saben ver los escritores dotados para adivinar y contar las vidas azarosas, y que en el toreo es muy definida.

Sus páginas con tema taurino serán siempre leídas con vivo interés. No pasará el tiempo por ellas, porque tienen la fuerza de lo auténtico y no el adobo literario de la crónica taurina (hecho de metáforas, de garrulería y de fuegos artificiales).

IRIBARREN FOLKLO-HUMORISTA, por Vicente Galbete

Como según la Academia **folklore** (de **folk**, pueblo, y **lore**, ciencia) equivale a «conjunto de las tradiciones creencias y costumbres de las clases populares», si hubiera que destacar una faceta del polifacético Iribarren, sobresaliente entre las muchas en que brilló su ingenio, sería, en mi



opinión, la de folκλο-humorista —admite, José Mari, el obsequio de este vocablo híbrido— iniciada ya en sus primeros libros de escritor folklorista y festivo (hay también un folklóre aburridísimo psicólogo, humano, humanista y a veces algo trágico, con aquella «zambullida en el alma popular» que fue su **Retablo de curiosidades** felizmente segundoparteado —otro vocablo de regalo póstumo al amigo— en el **Batiburrillo Navarro**. Y en sus **Burlas y Chanzas** y sus **Hechos y Dichos, Historias y Costumbres** y **De Pascuas a Ramos** y otros tantos trabajos. ¡Ah! El Carnaval de Lanz en buena hora resucitado! sin olvidar DVGUNA, con sus Brujas de Zugarramurdi en aquel estreno, trabajado y solemne, en que una de las «brujas» actuantes era el propio Iribarren, el gran folκλο-humorista con talla de Académico que ahora nos ha dejado.

EL BIBLIOFILO, por José Berruezo

José María Iribarren, amigo en el más clásico y entrañable sentido del vocablo, lo era del Libro con especialísima dilección, con íntimo culto, con pública veneración. Fruto de este amor fue una parte importante de su obra: Sus libros de erudición ya folklórica, ya lingüística, ya histórica... Sus «Viajeros», su «Vocabulario», su «Porqué de los dichos», su «Mina»... José María, que había formado una selecta biblioteca en la que abundaban los «raros y curiosos», gustaba hojear los Catálogos de las Librerías Anticuarias buscando aquellos folleticos y librecitos que Ontañón llamaba «incunables de peseta»; y le placía dedicar muchas horas a la caza del dato olvidado, de la noticia extraña, de la anécdota pintoresca en las páginas polvorientas de aquellos librecitos que nadie movía de los plúteos en las Bibliotecas Públicas... El amor al libro fue una constante a lo largo de la vida del escritor precisamente porque era la razón de ser del erudito. Muy pocos días antes de morir —tres para ser exacto— José María me pidió que le consiguiese un libro —una biografía del músico donostiarra Usandizaga— que había editado la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián: Fue este su postrer deseo de bibliófilo, su último gesto de escritor, su rasgo final de amor hacia el libro...

PERFIL RELIGIOSO, por José M^a Iraburu

Dios tenga en su gloria a José María Iribarren, que guardó siempre viva la fe de Jesucristo, y en esto hallamos sin duda alguna su identidad más profunda y transcendente. Fue un buen cristiano —hijo de Dios, miembro de Cristo, templo vivo del Espíritu vivificador—. Todos sus valores personales quedaron integrados en este su mérito principal y definitivo. Sus amigos, agradecidos a la bondad de su vida y aún bajo la impresión de su admirable muerte, no nos avergonzamos de decirlo: fue un buen cristiano. Y lo decimos porque tampoco él se avergonzó de confesar el nombre de Cristo ante los hombres.

A él no le hubiera gustado que, a su muerte, tejiéramos el «rosario de sus virtudes», cantando sus alabanzas con tímpanos y cítaras de gloria, y ni siquiera —lo que en Navarra es más propio— con bombo y chundas; no. Era modesto en todo, pero más aún en lo religioso, como debe ser. Se educó en los jesuitas —siete años en Tudela y cinco en Deusto—. Los Cursillos de Cristiandad intensificaron fuertemente su vinculación a Jesucristo y su sentido apostólico de la vida. No era el dinero su meta, desprendido hasta el despiste. Su penetrante captación de lo humano, su sentido del humor, su ironía, no eran en él temibles, sino amables: hizo que muchos se rieran, pero él no se rió de nadie, tuvo una particular facilidad para ver en todos los hombres el rostro de Cristo —lo cual se dice fácilmente—. Buen esposo, buen hermano, buen amigo —¡qué buen amigo!—, consoló a todos en su dura enfermedad manteniendo siempre el ánimo. El, temperamentalmente hipersensible a las molestias físicas, al dolor, al quirófano, llegado el momento de la prueba, manifestó en su serena entereza —quizá más inequívocamente que en ninguna otra época de su vida— que estaba asistido por la fuerza de Cristo. No podríamos explicárnoslo de otra manera.

«José Mari, ¿estás tranquilo, en paz, contento?». Y él asintió con la cabeza.

Demos gracias a Dios.

SU AUTORIDAD, por Joaquín Arrarás

José María Iribarren era un hombre que sugestionaba a cuantos le conocían, por su simpatía, su bondad, su cultura, el derroche de ingenio, su intuición y sagacidad y su gran talento.

Se le podía calificar, parodiando lo que se dijo de otro escritor ilustre: era un lujo de Navarra. Su extensa y meritísima obra, le hacen acreedor al título de patriarca de las letras navarras; no conozco ni descubro quien pueda disputarle ese honor.

Pasará el tiempo y su nombre resonará potente y brillará lozano con luz inaccesible cuando se rememoren personajes y hechos famosos con prestigio histórico. Nadie supo ni ha podido contar el drama de Navarra en la guerra de la Independencia como lo hizo él en su monumental biografía de Espoz y Mina. Investigador infatigable, descubrió tesoros filológicos y folklóricos por los que Navarra le será siempre deudora de gratitud.

Todo aquel que ama a nuestra tierra o sienta curiosidad o interés por conocer su fisonomía particular a fondo o penetrar en su espíritu, buscará los libros de José María.

Espero que tu patria chica sabrá agradecer lo que Iribarren le entregó con inagotable generosidad e inagotable amor a través de su pluma apasionada y artista.

Este artículo fue publicado en la Revista Pregón, número 108, editada en San Fermín de 1971.

Se reedita con ocasión del 50º aniversario de su fallecimiento

Nota del editor.— Respecto a aquella publicación este artículo presenta ligeras diferencias. Sin duda, por la premura de la noticia justo al cierre de aquella edición, el texto publicado presentaba errores de composición e imprenta, algo raro en las cuidadas ediciones de la época.